

Biografía de una mujer

Por Mary

Desde una época en la que la mujer era considerada como un ser inferior, un ser que debía obedecer a su marido y a su familia, se ha ido transformando poco a poco en un ser humano con derechos y deberes propios. Hoy en día, la mujer puede ser una mujer independiente, una mujer que puede trabajar, una mujer que puede estudiar, una mujer que puede ser una mujer libre.

Recordando que después de la guerra mundial. En este momento hay que ser consciente de que la mujer es un ser humano con derechos y deberes propios. Hay que ser consciente de que la mujer es un ser humano con derechos y deberes propios. Hay que ser consciente de que la mujer es un ser humano con derechos y deberes propios.

Fueron muchos los años, desde que un hombre de honor, de gobierno y maltrato. Cuando llegó a la edad de madurez, se convirtió en un hombre que no podía ser considerado como un ser humano con derechos y deberes propios. Hoy en día, la mujer puede ser una mujer independiente, una mujer que puede trabajar, una mujer que puede estudiar, una mujer que puede ser una mujer libre.

Desde mis cinco años, recuerdos leves vienen a mi mente. Estando en el seno de mi familia, compuesta por mi papá, mamá y dos hermanas mayores, siendo yo la más pequeña, es cuando recuerdo un poco del cariño de papá, porque a la temprana edad de cinco años comencé a saber lo que significa la palabra "muerte". Dentro de mis más hondos recuerdos veo a mi padre en su cama, mi madre llorando y yo recostada junto a él le pedí que me hablara. Pero al sentir su piel fría y al oír a mamá decir que le diera un beso de despedida sospeché que mi papá había muerto, aunque no comprendía muy bien lo que estaba pasando.

Recuerdo que después lo vi en un ataúd. En ese momento fue cuando empecé a entender lo que significa la soledad, ese vacío quedó marcado en mi corazón. Desde ese entonces comenzó el maltrato de mis hermanas, y también el poco tiempo que mamá nos daba, ya que tenía que trabajar para poder sostenernos. Hoy sé, que la falta de amor en un hogar es muy importante. Al no recibirlo me convertí en una niña traviesa para que de alguna manera se me tomara en cuenta, pero lo único que logré fue recibir más golpes.

Fueron pasando los años y crecí en un ambiente hostil, de golpes y maltratos. Cuando llegué a la edad de trece años conocí en la escuela a mi primer novio con el cual yo sentía que era feliz. Me trataba bien, recibía cariño que era lo que yo más necesitaba; para mí era lo más importante, además nuestro trato era muy sano. Pero esa felicidad me duró muy poco porque en casa no lo veían bien y eso ocasionó que me golpearan a diario. La incomprensión de mis hermanas y mi madre se fue haciendo cada vez más intolerable, pues ellas me decían que era tratada como una "prostituta". Yo no sabía por qué, pues solamente tenía esa ilusión que era mi novio. Nuestros besos y abrazos solamente eran con ternura

y cariño y no podían ser malos, porque me educaron diciéndome que lo referente al sexo y hasta las funciones de la mujer como la menstruación, debían de estar muy ocultos.

Así, con golpes a diario me fui haciendo una persona huraña, inquieta, diría que traviesa. Cuando cometía una travesura sabía bien que me iban a golpear, sin embargo mi condición no me permitía cambiar, hasta que decidí salirme de mi casa. Sentí que no me querían y mucho menos podían entenderme, así que me fui con una compañera de la escuela. Unos días antes ella se había ido de su casa para vivir con su novio; así que yo pensé, si me voy de la casa voy a poder tener novio, ir a fiestas y sobre todo no tendría que aguantar más los golpes y regaños. Entonces empecé mi aventura, la cual no fue muy agradable, todo empezó así:

Estábamos en Oaxaca y el novio de mi amiga me presentó un muchacho muy guapo. Recuerdo que me gustó mucho, pero días después llegó borracho a la casa, entró y me violó. Al poco rato tuve el valor de escapar e ir a la delegación a denunciarlo, estando ahí llamaron a mi mamá; yo pensé que me iba a regañar o algo así, pero no. Recuerdo que se portó muy bien conmigo, me apoyó en mi decisión de no casarme con esa persona. Al poco tiempo yo lo perdóné y lo dejaron libre pues retiré los cargos, porque en realidad yo no quería saber nada, sólo pensaba en ir a casa con mamá y así fue. Cuando llegamos encontré el rechazo de mis hermanas y de las personas que me rodeaban. Sólo en esos momentos tuve el apoyo de mi mamá, así que me aislaba en mi cuarto. Pasaban los días y las noches y yo con aquella depresión que no me dejaba vivir, hasta que descubrí que había quedado embarazada. Desde ese momento sentí que algo cambió dentro de mí, el hecho de llevar un hijo en mis entrañas, era algo maravilloso para mí. Pensaba que nunca más estaría sola, ahora tenía a quien amar y a quien cuidar. Así pues, pasaron los meses en los cuales yo esperé a mi bebé con todo el amor del cual era capaz de transmitirle. Ya no importaba el desamor de mis hermanas ni el qué dirán de la gente.

Después que nació mi bebé tuve que salirme de la escuela para empezar a trabajar. A mis catorce años era una niña-mamá y tenía la obligación de sacar adelante a mi bebé y a mi mamá que se encontraba enferma y no podía trabajar. Luché bastante para abrirme camino; el amor

que sentía por mi hijo me daba fuerzas para lograrlo. Así transcurrió un año y conocí al que había de ser mi esposo, el padre de mis tres hijos. La falta de cariño y el recuerdo paternal me hicieron pensar que él era el amor de mi vida. Vivimos un tiempo contentos logrando formar una familia a la que yo creía perfecta, pero a mi temprana edad me encontraba ignorante de tantas situaciones, experiencias; ignoraba el tener a Dios en nuestro corazón. ¡No, no había nada de eso!, por el contrario, mi esposo resultó ser un alcohólico, un prepotente, infiel y poco a poco en ese laberinto me fui dando cuenta de la realidad. De nuevo volví a sentir que no era querida, el rechazo de mi esposo y soportar, muchas veces, sus borracheras. Me sentí en un pozo sin salida, y sin darme cuenta fui cayendo en el alcoholismo. Descubrí que tomando ya no me importaban tanto el abandono, sus ausencias, su incumplimiento económico y en todos aspectos. Luego de la mala vida que me daba nos abandonó por otra mujer.

Quedé con la responsabilidad de mis tres hijos; sin haber estudiado supe abrirme camino. Pero sí tenía el apoyo de mi madre en los momentos difíciles, ella siempre ha estado apoyándome. En aquel tiempo nosotros vivíamos en Guadalajara, así que mi mamá estando en México viajó a cuidar de mis hijos. Trabajé un tiempo vendiendo cenas, pero el alcohol se iba metiendo en mi cuerpo como la humedad a una pared, poco a poco. Después alguien me habló de un trabajo de mesera donde podía ganar más dinero. La idea me entusiasmó porque deseaba comprarles a mis hijos todo lo que necesitaran. Regresé a México y empecé a trabajar como mesera en un restaurante bar. Para entonces sólo tenía veintidós años; no era fea, así que me iba muy bien con las propinas. Cuando los clientes me invitaban a tomar con ellos, me pagaban extra, pero qué ironía pagarme por lo que a mí me gustaba tanto; o sea que beber era mi trabajo.

Si bien es cierto que con mi trabajo podía comprar todo lo que se me ocurría para mis hijos, no podía brindarles mi cariño pues sólo iba a verlos cada ocho o quince días. Pasó el tiempo hasta que un día estaba yo trabajando en México y se presentó Guillermo en lo que había sido nuestro hogar. Engañó a mi madre haciéndole creer que venía por nosotros y que estaba arrepentido de habernos abandonado. Mi mamá

le creyó y le dijo dónde trabajaba; se presentó en el bar diciéndome que teníamos que hablar. Me esperó a la salida, se dio cuenta del lugar donde yo trabajaba, y también se dio cuenta del cambio que había en mi persona; pero en ese momento no dijo nada. Viajamos rumbo a Guadaluajara, al llegar a casa se puso furioso y empezó a golpearme tan fuerte que me mandó al hospital, ocasionando con esto que mis hijos me vieran bañada en sangre. La salvación fue mi madre; ella llamó a los vecinos para que lo detuvieran y no me siguiera golpeando, así estuve un mes incapacitada.

Cuando me recuperé físicamente tuve que enfrentar el dolor de haber perdido a mis dos pequeños hijos de dos y tres años de edad; él huyó a Estados Unidos con ellos. Durante seis largos años estuve buscándolos, pasé mucho tiempo de un lado a otro tratando de encontrar a mis amados hijos, pero mientras tanto me hundía más en el alcohol. Al fin pude pagar un investigador el cual los localizó inmediatamente, y pude comunicarme con Guillermo. Cuando hablé con él me convenció de hacerme pasar por una tía de ellos, dándome argumentos de que supuestamente era para bien de ellos, yo acepté porque lo único que quería era verlos. Cuando vi a mi hijo Arturo, me quedé paralizada de la emoción. Guillermo quizá en un acto de arrepentimiento abrazó a mi hijo y le dijo: "Saluda a tu tía", el niño nos miró a los dos y en ese momento lo escuché decir las palabras más dulces y bellas para mí: "Tú eres mi mamá". Yo reaccioné abrazándolo y llorando por largo rato hasta que Guillermo nos apartó y le confesó la verdad, que él los había separado de mí. Después nos fuimos a la casa de una hermana de él porque mi hija de ocho años estaba ahí. Con ella fue un poco más tranquilo el encuentro pues le dijo que era su verdadera madre; ella lo aceptó por un lunar que tenemos las dos y el parecido que tiene conmigo. Decidí entonces trabajar en Estados Unidos para así estar con ellos. Ya que no querían venir a México, porque estaban acostumbrados a la vida que ellos llevaban, y yo no tenía los medios para darles lo que en ese momento tenían.

Empecé a trabajar como recamarera en un hotel, pero constantemente era asediada por mi exesposo alcohólico, porque quería convertirme en su amante, pero yo nunca acepté. A mí no me gustaba esa

situación, así que hablé con mis hijos y les pedí que se vinieran conmigo a México. Ellos no quisieron pero me prometieron que vendrían a verme en vacaciones, y así fue: varios veranos la pasamos juntos y así transcurrieron los años. Mis hijos crecieron, el mayor que todo el tiempo había estado conmigo, terminó su preparatoria y tuvo el anhelo de ir a estudiar a Estados Unidos. Yo, que jamás he sido una madre posesiva ni egoísta lo dejé ir, pero me quedé muy sola quizás más sola que nunca. Tenía un amigo al que le llamaba "señor alcohol", allí encontré la solución a mi soledad y a mi sufrimiento y como dije antes: la humedad seguía entrando a las paredes de mi vida. Al cabo del tiempo ya era una alcohólica crónica, hundida en mi depresión constante y envuelta en lo que llamaba vicio. Conocí a un hombre guapo, de buen carácter pero más joven que yo, alcohólico, por supuesto, por lo que era la pareja ideal. Empezamos a vivir juntos un tiempo; por la nobleza y juventud de él nos llevamos muy bien durante algunos años. Pero en una de mis borracheras me fracturé el tobillo derecho y tuve que someterme a dos operaciones; duré incapacitada tres meses, no podía valerme por mí misma y mi compañero, en todo momento, estuvo conmigo. Yo le estaba agradecida por todo, pero un día que logré levantarme con ayuda de una andadera, me di cuenta de que él estaba inhalando gasolina. Yo sabía que tenía problemas de adicción hacia la mariguana pero ingenuamente pensaba que la había dejado. En ese momento me di cuenta que no era así, y como todo en mi vida, tomé la decisión de dejarlo. Al día siguiente se encontraba conciente y hablé con él, quedando como amigos ya que yo le estaba agradecida. Pero mi enfermedad me llegó tan fuerte que ocho meses después cuando andaba con bastón volví a beber y empecé a juntarme con personas inferiores socialmente. A mí no me importaba, pues según yo, ellos eran mis amigos. Bebían, al igual que yo, lo que se pudiera comprar o conseguir, viviendo fuera de la realidad.

Llegó el día 9 de septiembre, mi cumpleaños, así que bebimos cuanto había. Ese día Rogelio llegó a mi casa por la mañana, pues sabía que era mi cumpleaños, me llevó unas flores, tal vez con la esperanza de que volviéramos, no sé. Estuvimos platicando y me dijo que ya no iba a tomar; pero yo sabía que eran promesas de borracho al decir "no lo vuelvo a hacer". Para conseguir lo que deseaba, seguimos en armonía

pasando el día hasta que por la noche llegaron unos "amigos" de borrachera; llevaron botellas de licor. Allí estábamos otra vez borrachos. Uno de ellos, Marco Antonio Zazueta, quien es muy agresivo tomado, de repente se enojó y junto con otro que le dicen "El Topo", empezaron a amenazar a Rogelio, al calor de las copas. Tanto él como yo fuimos obligados a subir a mi carro, para llegar a un lugar donde lo bajaron; yo le decía al Topo que se regresaran pero todo fue inútil. Me obligaron a callar y me amenazaron con que me iba a pasar lo mismo que a Rogelio. Yo no podía hacer nada, mis pensamientos y mis acciones aún estaban nublados por el alcohol, así que fui testigo de una golpiza tremenda que le propinaron a Rogelio; lo dejaron tirado y yo estaba muerta de miedo. Hasta ese momento comprendí lo que estaba pasando y hasta la borrachera se me pasó. Después me llevaron a mi casa y me dijeron que yo no abriera la boca o me iba a pasar lo mismo.

Durante ocho días estuve metida en casa, pero poco me duró porque regresaron. Se pasaron hasta la recámara donde El Topo, Jesús Manuel Valencia, amenazándome con una navaja me golpeó y violó salvajemente; obligándome, como la primera vez, a subirme al carro con ellos. Me llevaron al final de la calle, en un baldío, y me obligaron a bajar del carro. Yo pedía que me dejaran diciendo que no los iba a denunciar pero que no me hicieran nada. El Topo decía: "Cállate hija... te voy a matar porque no quiero ir a la cárcel". Y en ese momento me dio un corte en el cuello, cerca de la yugular, otro en la mano y en el otro lado del cuello. Yo le pedí a Marco que me ayudara aunque sabía que mis lágrimas y mis lamentos no servían de nada, sus pensamientos sólo eran de rabia. Hubo un momento en que Marco me vio toda ensangrentada y creo que se conmovió un poco, porque le dijo al Topo que me dejara, pero él le contestó: "No seas imbécil, esta vieja nos va a denunciar, voy a matarla". Después de eso sentí un fuerte golpe en mi ojo izquierdo y me caí al piso, me desmayé; cuando me recuperé estaba de nuevo en el carro.

La sangre me brotaba muy fuerte y me sentía mareada. Metieron el carro en un lugar bardeado, me obligaron a bajar y siguieron golpeándome. Desgarraron mis ropas, me violaron salvajemente. En mi inconciencia, ya que a ratos perdía el sentido por la sangre que había

perdido, sentí cada vez más fuerte los golpes. Entre todo ese horror me introdujeron un palo por el recto; en ese momento yo no pude más y me volví a desmayar. Arrastraron mi cuerpo inerte hasta el canal donde me pusieron un cable en el cuello, ahí recuperé el sentido con el jalón del cable y le vi la cara al Topo diciéndome: "Muérete infeliz", después no volví a saber de mí hasta la mañana siguiente. Sentí que me dolía todo y no podía moverme. Como pude levanté la cabeza y miré alrededor, había pura basura. No sé cuánto tiempo pasó hasta que divisé a una señora y como pude le hablé. Recuerdo que un señor trajo una pala y me quitaron la tierra de encima; vi una ambulancia y no supe más de mí.

Días después me encontré en una cama de hospital donde me di cuenta de que estaba viva. En ese momento di gracias a Dios por la vida y por dejarme vivir. Sólo pensaba en tratar de cambiar y no beber más, cada vez que pensaba en ello sólo quería borrar todo lo malo que había hecho y reflexionar para mejorar. Estaba enfrascada en mis pensamientos cuando me interrumpió un secretario del Ministerio Público, haciéndome preguntas de que si conocía a mis agresores. Fue cuando comprendí que debía hablar para que buscaran a Rogelio y a sus agresores. Tenía mucho miedo por mi vida, sabía que estaba viva de milagro. Pero, al denunciar los hechos de lo que me pasó, poniendo en antecedentes a la policía, dándoles todos los datos para la detención de los asesinos y que detuvieran al que casi me mató, lo único que gané fue que a los que acusé yo misma, cambiaran todo y dijeran que había dicho que se fregaran a Rogelio y que yo les iba a pagar el trabajo, lo cual es una vil mentira. ¿Cómo pudieron creer más en ellos que en mí, viéndome en las condiciones en que me dejaron?

Tengo seis meses en esta cárcel donde una tiene que aguantar de todo. En la sociedad fui muy criticada y culpada por un crimen que no cometí. Yo sólo soy una víctima de esos hombres tan malos, pero tengo fe en que Dios no me va abandonar y que todo lo que he pasado me va a servir para poder cambiar; sé que hay una justicia divina que se encargará de todo.

El pasado 10 de mayo hablé con mi hijo menor, pues acababa de enterarse, por medio de una carta, donde le contaba que estaba en esta cárcel. Sus palabras me llenaron de alegría cuando me dijo que quería

que saliera pronto de este lugar para que me fuera a vivir con él; que me quiere y que sabe que yo soy inocente; el sólo hecho de pensar que Dios me permita vivir de nuevo con mis hijos me hace muy feliz.

Tengo la confianza de que mis hijos saben por lo que he pasado; creen en mí, que su madre nunca mandaría matar a nadie.

Estaba en espera de una "sentencia justa", desgraciadamente para mí no ha sido así. Tengo ya un año y diez meses y fui sentenciada a veintitrés años nueve meses por un delito que jamás cometí.

Ahora he aceptado a Dios como mi salvador y sé, sin lugar a dudas, que Él pondrá los medios para que todo salga bien.

Dios y el programa de Alcohólicos Anónimos me dan fuerzas para seguir adelante y voy a luchar para que se me haga justicia. El sábado 25 de septiembre de 1999 cumplí dos años en un programa de vida y espero poder disfrutar con mis hijos y mi nieta los días que Dios me deje vivir. Ahora tengo el programa de Alcohólicos Anónimos y he empezado a vivir una vida útil y llena de esperanzas.

Gracias, Dios mío.

Mary

Centro de Readaptación Social

Hermosillo, Sonora.